

volverse padres como los abuelos que olvidaron su juventud. Además todo era culpa de Vanessa; ya no se podía conversar tranquilo porque no se sabía si faltaba poco tiempo para darle la mamadera o si iba a aparecer en la sala para hablarnos de la lucha de clases o a preguntar cuánto era siete por nueve. A ese ritmo renunciábamos, aunque ya supiéramos que no nos quedaba más remedio que seguir preparando mamaderas y corrigiendo cuentas mal hechas. Después de todo algún día la traerían en brazos a casa o vendría a buscar el esmalte y el lápiz de labios.



## LA NOCHE DEL MIEDO

La noche se había desvanecido dejando que sus formas huyeran al comenzar el día. Hacía casi una semana que, para Miguel, el miedo era diferente; lo sentía respirar entrecortado, despedir ese sudor agrio que marcaba su paso asesino. Las noches le estaban trayendo una inquietud de mirada acechante, de uñas afiladas durante días para el golpe final. No quedaba otra posibilidad más que pertrecharse con lo que se tenía y medir los últimos cabos de vela, tratando de descubrir en su acortamiento el rostro concreto del enemigo.

Pero lo único que conseguía era una noche de expectativa, de inútiles especulaciones, que lo lanzaban a un día similar al anterior, lleno de inquietudes para la Brigada. Ya no podía disimular el miedo como en los primeros tiempos, cuando en el circuito se oían los gritos de terror o el ruido de huesos rotos; ahora tenía que ir a encontrarse con Milka y decirle la verdad. Confiar en su experiencia de vieja militante para comprender que no podían empantanarse en palabras de deseo y en los provocativos besos y caricias de noches antiguas. Debían adaptarse y darle a los besos un sentido de presencia; dejar caer la cifra del día y recién después podrían irse al bar, caminando abrazados. En esas pocas cuerdas Milka veía a Miguel como en una vieja foto-

grafía, sus bordes perdían nitidez y el negro se amarronaba entrando en un recuerdo de años por venir. Esa misma foto tendría que ampliarse y llevarla en un cartel en marchas de dientes apretados cuando esta noche escampara. Mientras tanto, trataría de recordar uno de los gestos de Miguel, antes de que se volvieran a disolver en la expresión seca que el resto de los brigadistas se sabía de memoria.

Ellos dos los vieron sentados dentro del bar, a través de la ventana iluminada. El olor era siempre el mismo, ya no quedaba duda que habían quemado al dueño, encontraron pelos por todo el local y las mesas revolcadas y surcadas por arañazos. Caminaron en dirección al resto de los compañeros que estaban sentados en el mismo orden de siempre; había una silla vacía. Miguel trajo la suya de otra mesa. Darién fue el primero en mirarlos y en decir su cifra, "¡uno!", luego Francisco, "¡tres!" y al final Vicente, "¡dos!"... "Rodén, el comerciante, y su mujer... el negocio quedó destrozado", agregó. Milka repitió la suya y Miguel confesó no tener ninguna. La tranquilidad de la mesa se quebró de inmediato. Resistir se hacía cada vez más difícil, les habían cortado la luz y ahora no podían comprar velas ni faroles. Todo estaba estudiado; acechaban durante la penumbra y después atacaban en la noche cerrada. Miguel sintió que la pesadilla podía diezmarlos, instalar dentro de ellos demonios indescriptibles que les destrozaran las entrañas... Sería lo mismo que dejarlos a oscuras en la calle y permitir

que los devoraran sin hacer nada.

A esas monstruosidades las empezaron a combatir en esa misma mesa, antes de que la noche cambiara su tranquila oscuridad por la tensa negrura del llanto y el miedo. No podía dejar que la ayuda y el ánimo que les diera el dueño del bar se acabara en el olor de sus huesos. Miguel se levantó de la silla y colocó un billete sobre la mesa... "¡vamos!, tenemos que hacer" dijo. La reunión se deshizo y el peligro de los demonios quedó muy atrás; se perdía entre tanto vecino, compañero de trabajo o familiar que se los fueron tragando con la misma saña con que ellos querían destruirles el ánimo.

En la calle esperaban los circuitos, era invierno y había pocas horas de luz. Necesitaban apurarse, ya al atardecer los vecinos se encerraban diciendo ver formas horribles; nadie abría la puerta a un brigadista porque temían una invasión de víboras como le sucedió a una vecina la última vez. Miguel comenzó de inmediato con su recorrida, se dirigió por una calle vacía y descubrió el paso devastador de cientos de pezuñas y garras que intentaban borrar la memoria de triciclos y rayuelas. Cruzó un patio donde las marcas se volvían tenues, casi desaparecían para imponer unos pasos que apenas marcaron las baldosas y dejaron un temblor de aletas desconocido; llegó a una puerta blanca donde lo esperaba Virginia. Miguel apenas la miró, el rostro de Virginia había quedado petrificado desde aquella noche. Sus ojos no se deshinchaban, seguían reflejando la ausen-

cia de Pablo y su lugar de la cama todavía caliente.

-¿Se sabe algo de Pablo? -preguntó ella.

Miguel negó con la cabeza. -¿Cómo están de velas?

-Prendí la última anoche, fósforos todavía quedan...

-Entonces esta noche hice antorchas con trapos viejos; cualquier cosa me llamas... ¿te enteraste de lo de Rodén?

Virginia asintió. Permaneció largo tiempo afirmada sobre la puerta antes de poder liberar la pregunta:

-¿La próxima víctima podría ser aquí?

¿No?

-Así parece -contestó Miguel.

-¿Por lo menos ya saben quién es?, me enteré que se refan como hienas e hicieron mucho ruido cuando lo del profesor Miranda... en cambio yo no sentí nada, estaba soñando con arañas y cuando desperté Pablo ya no estaba...

Miguel escuchó de nuevo el relato, había sido el primer caso antes de que cortaran las luces. En el departamento de al lado hubo una fiesta y sin embargo nadie notó nada. Parecía que se habían filtrado por debajo de la puerta y avanzaron en silencio, aprovechando el sueño de Virginia, extendiendo sus patas peludas. No los oyeron pero lo cierto es que lo fueron tragando de a poco, disfrutándolo a medida que pasaba por sus bocas sin que Pablo supiera lo que sucedía. Virginia se despertó cuando notó que las arañas caminaban por la cama, pero ya todo había pasado,

sólo quedaba la sensación extraña de la visita.

Sus ojos permanecieron fijos en el rostro de Miguel, unas lágrimas terminaron con el relato y de a poco los párpados fueron ocultándolos... Miguel se despidió con el mismo beso de siempre y salió a la calle. Con la penumbra todos habían terminado sus circuitos, los recorrieron varias veces en todas direcciones, sin dejar de escuchar ni un solo ruego o de repetir que no sabían lo que era. Anotaron en las libretas los últimos detalles de la noche anterior y dieron como posibles el parecido con un gorila gigantesco, una invasión de gusanos o una venganza divina. Lo único que podían hacer era recordarse que cuidaran los fósforos y los encendedores.

La brigada se reunió en una esquina y empezó a repartirse los fósforos que quedaban.

-¡Es el último, Miguel! -dijo Milka.

Miguel metió la mano en el bolsillo y tocó el encendedor.

-No gracias, no preciso -respondió.

La oscuridad ya insinuaba sus formas, no podían quedarse más tiempo en la esquina. Milka vio cómo los miembros de la Brigada se iban callados, poniendo mucha atención en donde guardaban los fósforos. Cuando ya casi no se veían sintió que Miguel era el mismo de las asambleas estudiantiles, nervioso y emprendedor, capaz de pelearle al causante una hora más para el gremio. Ella recordó que su voz lograba tranquilizarlo y pensó que a lo mejor conseguía quebrar el acecho, prolongar su sonrisa por un tiempo

más.

-¿Venís a pasar la noche conmigo, Miguel?

-No puedo, me van a precisar.

-Entonces tené cuidado, sabés cómo actúan -dijo Milka al alejarse.

Miguel apuró el paso y se fue metiendo en el miedo de sus noches, abrió de un golpe la puerta de la calle y entró rápido, después la trancó con una barra de hierro. Trepó corriendo las escaleras y entró al apartamento, cerró la puerta con llave y empezó a fabricar las antorchas. Juntó los cabos de vela y los prendió con dificultad. Afuera se desarrollaba la noche, tomando forma de hiena, araña o quién sabe qué. En el altillo todo estaba dispuesto, las antorchas esperaban al costado de la cama y un cuchillo reposaba sobre la mesa de luz. Miguel se pasó la mano por la cara y le pareció que su madre le hablaba llevándolo a un rincón de la casa para mostrarle la bicicleta que le dejaron los reyes... "tiene un timbre e inflador", le decía ella al ayudarlo a subirse. Al sentarse y tomar el manubrio Miguel comprobó que la sensación era la misma, un equilibrio riesgoso que lo enfrentaba a ese miedo silencioso que hacía días rodeaba el altillo. Un miedo que tomó una forma irrecognocible; comenzó a crecer y forcejear con la puerta y la hizo saltar en astillas. Los cabos de vela se apagaron con un viento helado y el cuchillo cayó al piso sin hacer ruido. Miguel buscó el encendedor y lo arrimó a la primera antorcha; la piedra giró sin hacer chispa.

## EL AGUJERO

Desde que me acuerdo estoy tratando de averiguarlo, de saber por qué sentía alfileres en la nuca cuando hablaba con desconocidos. Me aparté voluntariamente de todo el mundo, llegué a creer que observaba su vida secreta reflejada en sus ojos, y eso me desalentaba completamente. Sólo en algunas ocasiones, trataba de volver a ver a un individuo y siempre lo hacía de lejos, sin que él lo notara. No podía soportar encontrarme dos veces con la misma idea. Pero desde hace un tiempo, tuve que aceptar como irrefutable lo que sospechaba desde chico. Antes, inclusive, de imaginar lo que después me aprisionó hasta el día de hoy; pero que, sin embargo, me obligaba a mirarme seguido en los espejos y ver aquellas imágenes curvadas, deformadas de todo cuanto era cosa común.

También llegó a inducirme la imposibilidad de conocer mi trayectoria individual, desgajada de una vida similar a los demás. Ni siquiera me permitió imaginar un dolor parecido a esos pinchazos infernales que me siguieron siempre: anunciando la mala suerte que fue la única compañera que nunca me dejó. Los pésimos trabajos que conseguía de casualidad fueron anuncios de aquellas cobranzas extrañas; siempre rodeadas por un ejército de alfileres que caminaban por mi cabeza y me informaban el día exacto en que